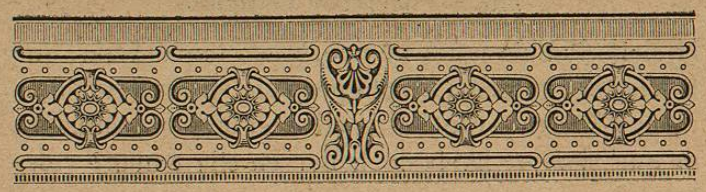

CAPÍTULO II.

Pernicioso efecto que produjo en Teresa la lectura de libros de caballerías.—Daño que le ocasionó la amistad de una parienta poco recatada.—Llévala su padre D. Alonso al monasterio de nuestra Señora de Gracia.—Recobra allí Teresa la paz del alma.

PERMITE á las veces el Señor en sus escogidos algunas caidas, para que, persuadidos por experiencia de lo poco que pueden de su cosecha, se funden más y más en humildad; y cuando regado el huerto de sus almas con las lluvias benéficas de la gracia, broten flores olorosas de virtudes, sepan á quién atribuirlas, y no se alcen con la gloria, que á solo Dios es debida.

Nunca la Santa llegó á dar en vida licenciosa, y aún hay sobrado fundamento para creer que jamás cometió graves ofensas, si bien estuvo en grande peligro de deslucir la hermosura de su alma con la negra mancha del pecado mortal. Veamos como esto sucedió.

En medio de las virtudes que adornaban á Doña Beatriz, tenía el defecto de gastar algunos ratos en leer libros novelescos, que tales eran los de caballerías; y á la sombra de la madre leíanlos también sus hijos, con el aviso, no obstante, de que el padre no lo viese. Bien disculpa la Santa esta imperfección de la madre diciendo que lo hacía sin perder su labor, y que por ventura veíase obligada á ello por no pensar en los grandes trabajos que la afligían. Pegóse á la hija esta costumbre de la cándida señora, y como Teresa tenía natural tan agudo é ingenioso, entregóse con demasiada afición á la lectura de fantásticas ficciones, en las que se mezclaban muchos pensamientos profanos, muy á propósito para desvanecer la devoción, y despertar deseos poco piadosos. Ya no rezaba, ni con tanta devoción, ni con tanta frecuencia las oraciones que solía. La llama del amor divino, que tan temprano había prendido en su tierno corazón, iba por grados amortiguándose. Acometióla tal comezón por saborear las páginas de caballerías, que semejante al hidrópico que más sed tiene cuanto más bebe, así ella devoraba con avidez cuantos libros de ese linaje llegaban á sus manos; y no bien había leido unos, cuando ya deseaba otros nuevos que pudieran dar pábulo á su curiosidad, siempre creciente. Puede calcularse lo embebida que andaba en tales lecturas con saber que, ayudada de su hermano Rodrigo, escribió un libro de caballerías con harta elegancia y sutileza, siguiendo el método, enredos y desenlace propios de semejantes obras.

Mas ¿quién podrá decir ahora los estragos que causó en Teresa tan desordenada afición? Abrió los ojos al mundo, y comenzó á tomar sabor de lo que en él se estima en algo. Traía galas con mucho cuidado de manos y cabello y olores y todas las vanidades que en esto podía tener una doncella curiosa y amiga de bien parecer.

Viénense aquí al pensamiento los grandes daños que en todo tiempo han causado los libros perniciosos, y los que causa al presente la desmoralizadora plaga de novelas que todo lo inunda. En ellas todo es ayuda para avivar el fuego de las pasiones, siendo así que nuestra flaca naturaleza necesita de pocos incentivos para inclinarse de suyo al mal. Encuéntranse impregnadas del espíritu que anima al mundo, llenas de ficción y mentira, y á vuelta de lindas frases, ocúltase el veneno que mata el alma. Quien con afición lea tanta frivolidad, no es posible encuentre gusto en la pureza y severidad de las enseñanzas del Evangelio.

Mas no fué lo peor para Teresa esto que habemos dicho de las lecturas novelescas; añadióse el que por este mismo tiempo comenzó á sustentar pláticas con unos primos hermanos casi de su misma edad, á quienes D. Alonso no impedía la entrada en casa por ser tan cercanos parientes. Tenían éstos á la prima mucho amor, y gustaban en extremo de su discreta y amena conversación, y ella por complacerles oíales también hablar de sus aficiones y niñerías, y correspondíales con el mismo cariño. Mezclábase en esto una jóven parienta, de tan livianos pensamientos, que ya Doña Beatriz había deseado desviar el trato peligroso de la tal doncella, como quien adivinaba el daño que por aquí podía venir á su hija; pero era tanta la ocasión que para frecuentar la casa tenía dicha parienta, que ni Doña Beatriz, ni más tarde D. Alonso pudieron cerrar la puerta á tan perjudicial compañía.

Tres meses no más anduvo Teresa por esta torcida senda de los desvanecimientos y gustos de mundo, y cierto que se vió en grande peligro de cometer graves ofensas contra Dios, tan apegada como estaba por una parte á la lectura de libros profanos, y en continuo trato por otra de compañera nada recatada. Gracias á la misericordia del Señor, no había perdido el santo temor de Dios, aunque teníale mayor de la honra, y esto fué parte para que no la perdiera del todo. Reprendíanla por esta amistad peligrosa, así el padre, como su hermana mayor Doña María de Cepeda, mujer de harta honestidad y bondad; pero como no se podía quitar la ocasión de la infatuada parienta, no les aprovechaban sus diligencias.

Ninguno como la Santa podrá pintarnos el desmejoramiento que por entonces experimentó su alma. «Y es así, dice, que de tal manera me mudó esta conversación, que de natural y alma virtuosos no me dejó casi ninguno: y me parece me imprimía sus condiciones ella y otra que tenía la misma manera de pasatiempos» (1). Y para que los padres de familia anden muy sobre aviso acerca de las compañías que traen sus hijos, y rompan con ellas si son malas, aunque para ello tengan que hollar respetos humanos, oigan lo que sobre esto dice la escarmentada Teresa. «Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por ello, no lo pudiera creer; en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentasen en mí los padres para mirar mucho en esto..... Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía; y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviera entera en la virtud; porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer» (2).

Pues como viese D. Alonso el daño grande que de estas conversaciones y tratos podía venir á Teresa, y que no había manera de evitarlo sin algún grave dis-

(1) Vid. de la Santa. c. II.
(2) Vid. de S. Ter. c. II n. 2.

gusto de familia, aprovechó la oportunidad de haber casado á su hija mayor Doña María; que como no era bien que aquella quedara solo en casa sin madre, disculpó con esto el padre la conveniencia de llevarla al observantísimo monasterio de religiosas agustinas de Nuestra Señora de Gracia, donde se criaban y educaban doncellas seglares de las más distinguidas familias de Ávila. Con esto quedó burlado el demonio que tanto se prometía de ver á Teresa colocada en la peligrosa pendiente, á que sus vanidades la condujeran.

Quince años y medio contaba Teresa cuando en 1531 ingresó en el monasterio de Gracia. Cuenta la Crónica (1) que estando las monjas juntas en oración días antes que ésto tuviese lugar, apareció una luz, á manera de estrella, la cual habiendo dado vuelta sobre las cabezas de las religiosas, en llegando á una de ellas, llamada María Briceño, pareció entrársele dentro del pecho, sin que se viera después más. Era esta María Briceño la maestra de las educandas seglares, y quizá fuera lo de la luz misteriosa, señal de la asistencia particular que dicha religiosa había de tener para con sus exhortaciones y buenos consejos trocar en mejor el corazón de la doncella Teresa. Ésta, en los primeros días que estuvo en aquel encerramiento, acordándose de las ligerezas y devaneos pasados, y más, sospechando si acaso se había llegado á entender algo de sus vanidades, experimentó alguna turbación y desasosiego; porque en esto de la honra era en extremo celosa, y antes moriría que sufrir quiebra en ella. Mas como tenía natural tan dócil y bien inclinado, y la malicia no había echado raíces en su corazón, presto se ajustó al modo de vivir que allí tenían las demás doncellas, y al cabo de ocho días, hallábase ya más contenta y

(1) L. I. c. VII. n. 3.

sin pesadumbre en el monasterio que si estuviera en casa de su padre.

Atajado pues el peligro, y rotas las cadenas que aprisionaban, y tenían como forzado y fuera de su centro el magnánimo corazón de Teresa, no es mucho que renaciera en ella la antigua paz del alma, mucho más sabrosa y dulce que cuantos deleites ofrece el mundo á sus seguidores. Allegábase á esto que era tan naturalmente simpática y amorosa, que donde quiera se encontraba había de dar contento; porque una de las singularísimas gracias con que el Señor adornó á esta mujer, fué la de hacerse querer y estimar de cuantos con ella trataban.

Admiremos aquí las trazas de la Providencia que siempre sabe sacar de los males bienes. Dando Teresa en aquellas aficiones desordenadas, que más tarde habia de llorar amargamente, fué causa de que su prudente padre, por cortar de una vez el peligro en que la veía metida, determinase llevarla al monasterio de Gracia, donde separada del trato de seglares, pudiera pensar con detenimiento en la salvación de su alma.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

CAPÍTULO III.

Saludable cambio que experimentó Teresa en el monasterio de Gracia.—Cuánto le aprovechó un tío suyo.—Comienza la Santa á pensar seriamente en la salvación de su alma, y favorécela el Señor con la vocación religiosa.—Lucha que se levantó en su interior.—Cómo vino á entrar en el monasterio de la Encarnación.

La maestra puesta al cuidado de las doncellas que en el monasterio de Gracia se criaban, solía recrearlas á sus tiempos con discretas y provechosas conversaciones, procurando despertar en el corazón de las jóvenes educandas amor á la virtud y aborrecimiento al vicio. Holgaba mucho Teresa de las pláticas piadosas de María Briceño, y no fué pequeña la impresión que recibió un día al oirla referir cómo ella había venido á ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: *que muchos son los llamados y pocos los escogidos*, y de considerar el grande premio que el Señor tiene prometido á los que todo lo dejan

por mejor servirle. Tan buena conversación y compañía comenzó á deshacer los estragos que había causado la mala; y revivieron en el alma de Teresa los pensamientos y deseos de las cosas de arriba.

Rezaba muchas oraciones vocales, y como se conociese flaca y ruin, á todas pedía la encomendasen á Dios, el cual bondadoso derramaba sobre ella las benéficas influencias de su gracia, para que pudiera bien entender el engaño en que antes había estado. De manera que con el trato continuado de personas tan edificantes, y prestarse dócil á las inspiraciones de la gracia, iba Teresa renovando y fortaleciendo su espíritu, y se veía muy otra de la que antes era, bien que todavía estaba muy lejos de considerarse feliz con la vocación religiosa.

Estas agustinas de Gracia no dejarían de darle á leer, además de otros libros espirituales, alguna cosa de las de su Santo Patriarca, cuya lectura serviría de poderoso estímulo para avivar en su pecho la llama del amor divino, que ardería después perenne, y cada vez con más fuerza, hasta causarle algún día muerte dulce y deleitosa. Mucho tuvo que agradecerles la Santa Madre, pues ellas fueron las que con sus buenas y discretas insinuaciones torcieron el curso de las aficiones de su corazón, dirigiéndole hacia lo eterno y celestial (1).

(1) Entre otras grandes siervas de Dios que se distinguieron por sus virtudes en el convento de Gracia, cuando la Santa se encontraba allí como educanda, cuéntase la M. María de la Cerda. De ella refiere Sto. Tomás de Villanueva, aunque sin nombrarla, que estando muy afligida una vez á causa de no haber comulgado por falta de forma, se le aparecieron dos manos visibles con el Santísimo Sacramento, y habiéndole recibido de ellas, su alma quedó en paz, y cesaron las lágrimas. De esto y otras revelaciones tuvo conocimiento Sto. Tomás, porque siendo Provincial de Castilla por los años de 1534, al visitar el dicho convento

Año y medio hacía que Teresa estaba en el monasterio, y al cabo de este tiempo sentía ya menos repugnancia para abrazar el estado de perfección religiosa; pero acostumbrada á vivir sin ningún rigor, y con harta delicadeza, resistíase el natural, y parecíanle extremos algunas cosas de virtud que las de aquella casa practicaban; y así, de ser monja, prefería serlo en otro convento de menos penitencia. De esta manera iba el Señor disponiendo las cosas con suavidad, pero con eficacia para la realización de sus altos fines. Queríala su Majestad reformadora del Carmelo, y era necesario que, saliendo de aquel monasterio de Gracia, vistiese el hábito de carmelita.

Por este tiempo cayó gravemente enferma, y para atender á su salud fué forzoso que el padre se la llevara á casa. Cuando estuvo algo aliviada, determinó Don Alonso enviarla á Castellanos de la Cañada, donde vivía su hermana mayor Doña María, la cual deseaba mucho verla y tenerla consigo, porque la amaba entrañablemente. De camino para dicha aldea, había de pasar por Ortigosa, á cuatro leguas de Ávila, donde se encontraba un tío suyo, llamado Don Pedro Sánchez de Cepeda, que llevaba vida muy recogida ocupado contínuamente en ejercicios de piedad; tanto que al cabo de algún tiempo, dejólo todo por amor de Dios, y fuese á morir santamente en un monasterio. Al llegar Teresa á Ortigosa, hizo su tío que se detuviese con él algunos días y como era hombre muy avisado y de grandes virtudes, gustaba mucho de conversaciones santas, y de que su sobrina le leyera de los buenos libros que él tenía. Ella, como siempre trató de dar contento á todos, y más á los que de alguna manera la tenían obligada, complacía á su buen tío leyéndole de lo que gustaba.

de Gracia, hizo que la fervorosa agustina le manifestase por obediencia las mercedes que Dios le hacía.

Con las repetidas conversaciones de cosas de Dios, y reposada lectura de provechosos libros, que el piadoso tío de continuo le ofrecía, llegó á comprender, con más fundamento que cuando niña, el caso que había de hacer de las verdades eternas. Convencióse de que todo en este mundo es vanidad y tiempo perdido, si no es el servir á Dios. Entendió también el peligro grande que había corrido de condenarse, si el Señor misericordioso no la tuviera de su mano, y resolvió por fin que el mejor y más seguro medio de conseguir la salvación de su alma, era el de abrazar el estado de religiosa. Animada de tan saludables pensamientos, despidióse del tío, aunque no del todo determinada á ser monja. Llegada á casa de su hermana Doña María, como ésta era tan piadosa, encontró en su compañía no solo amor y regalo, sino estímulo y ayuda para meditar las verdades aprendidas en Ortigosa.

No dormía el demonio por su parte, el cual conociendo por indicios manifiestos lo que la Santa revolvía en su corazón, y que era perdido si llevaba adelante los deseos que comenzaban á bullir con fuerza, apresuróse á representarle mil dificultades, y disuadirle de sus buenos propósitos. Poníale delante que no valía para los trabajos y asperezas de la religión, pues era tan regalona. Defendíase de esto Teresa con los trabajos que pasó Cristo Nuestro Señor, y que no era mucho quisiera ella padecer algunos por él, contando con su divina gracia. Hacíase fuerza con la consideración de que los rigores y penas de ser monja, no podían ser mayores que los del purgatorio; y pues había merecido el infierno, bien podía darse por contenta de pasar toda la vida como en purgatorio, habiendo después de gozar

por siempre del cielo. Tres meses estuvo en continua batalla: luchaban por una parte la debilidad de la carne, y engañosas sugestiones de Satanás, y por otra las inspiraciones y toques de la gracia, que avivaban los deseos de vida más perfecta, y que ofreciese mayor seguridad de alcanzar los bienes de la gloria.

Al fin triunfó la gracia del Señor mediante las cartas de San Jerónimo. Contribuirían sin duda á rendirla aquellas palabras de verdad y desengaño en las que el Solitario de Belén da tanto conocimiento de las cosas de arriba, al paso que engendra hastío de las pasajeras de la tierra. Leídas dichas cartas, el espíritu de Teresa se encontró más esforzado, y dando en su interior un adios al mundo, decidióse por la vida del claustro. El monasterio donde puso los ojos fué el de las Carmelitas de la Encarnación de Ávila, fundado dos años antes que ella naciera. Encontrábase allí una grande amiga suya, llamada Juana Juárez, y sirvió esta religiosa como de imán para atraer hácia aquella casa el simpático corazón de la Santa.

El sentimiento de D. Alonso al saber la determinación de su hija fué grandísimo, y por más que mediaron ruegos de diferentes personas, no pudieron acabar con él la consintiera llevar adelante su propósito. Decía que después de muerto, podía Teresa obrar como quisiera; pero que separarse de él en sus días, era como quitarle la vida. No se ocultaba á nuestra heroina cuánto debía á su padre á quien amaba de veras, mas temía mucho á su propia flaqueza no volviese atrás; y, consideradas todas las cosas, vió que la resolución tomada era la que mejor estaba al negocio de su alma. Como el bien es comunicativo, quiso que también un hermano de menor edad participase de su dicha, y hablándole de la vanidad del mundo, persuadióle á que se hiciese religioso. Aguardaron coyuntura favorable,

y un día en que D. Alonso hallábase ausente de casa, que fué el 2 de Noviembre del 1533 (1) llegáronse ambos muy de mañana, y sin dar cuenta á nadie, al monasterio de la Encarnación, donde se quedó Teresa, yéndose de allí el fervoroso Antonio á pedir el hábito de Santo Domingo al convento de Santo Tomás.

No se puede explicar sino con sus mismas palabras el grande sentimiento y repugnancia que en la parte inferior experimentó la Santa al abandonar la casa paterna: «Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, dice, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo sea más el sentimiento cuando me muera; porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no había amor de Dios, que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante; aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra» (2).

Llegada al monasterio, donde la aguardaba su amiga Juana Juárez y las demás religiosas, abriéronla regocijadas las puertas, dando entrada á la que con sus esclarecidas virtudes había de enaltecer y dar lustre á la Orden Carmelitana. No tardó D. Alonso en saber la determinación que su hija acababa de poner por obra, y ayudado de la gracia, hizo el mayor de los sacrificios, resignándose á vivir sin su amada Teresa. Ésta, en

(1) No están acordes los diversos biógrafos de la Santa acerca de año en que entró en el monasterio de la Encarnación. La Crónica, apoyada en una escritura hecha con motivo de la dote, sostiene que éste fué el año en que entró. Otros dicen que fué el 1535, pero en las *Actas de Santa Teresa* al n.º 81, que es donde con alguna extensión se trata de este punto, tiénese por más probable que la entrada tuvo lugar en 1533.

(2) Vid. c. IV. n. 1.

tomando el hábito, experimentó tan grande alegría de haber abrazado aquel estado, que no le trocara por ninguno de los más envidiados del mundo. Así favorece su Majestad á los que por servirle se hacen fuerza.

CAPÍTULO IV.

Noviciado de Teresa.—Hace la profesión con grande alegría.—Enferma la Santa, y su padre D. Alonso llévala á curar á Bezadas.—Lee en casa del tío de Ortigosa la tercera parte del Abecedario de Osuna, y comienza á tener oración sobrenatural.—Cómo por su medio vino á convertirse un clerigo que traía mala vida.—Cae en un parasismo que le dura cuatro dias.—Deplórase el descuido de las familias en acudir á tiempo con los últimos Sacramentos.—Vuelve Teresa en sí, y cuenta lo que ha visto.

Es fiel nuestro buen Dios y muy largo en el remunerar, y si cuando invita á que le sigamos, nos hacemos alguna fuerza, luego da el ciento por uno, premiando superabundantemente nuestros cortos sacrificios. Así aconteció con nuestra magnánima Teresa. Después que, violentándose á sí misma, y siguiendo el consejo de San Jerónimo, hubo triunfado de su misma flaqueza y de las más caras